

Raquel viaja a Nueva York

por Adoración Santolaya Ruiz-Clavijo

El despertador sonó en toda la casa. Eran las seis de la mañana. Papá y mamá se levantaron muy rápidos y empezaron a correr de un lado a otro. Yo me acurruqué entre las sábanas calentitas con los ojos bien cerrados porque todavía tenía mucho sueño.

—Vamos Raquel, cariño, levanta que vamos a perder el avión.

Era mamá, que había descornado la cortina e inundado mi cuarto de luz.

Abrí un ojo y la vi con una percha en la que llevaba colgado mi pantalón preferido y un jersey azul cielo con nubes blancas. Entonces me di cuenta de lo que había dicho mamá: «Vamos a perder el avión». Es verdad, hoy salíamos de viaje a Nueva York. Salté de la cama, besé a mamá en la mejilla, le cogí la percha con mi ropa y fui hacia el cuarto de baño cantando: «Nos vamos a Nueva York». Ella se rió, siempre se ríe cuando canto, y me dijo, corre cariño que nos está esperando papá.

Cuando salí vestida, mamá y papá ya tenían agrupadas nuestras maletas en la puerta de entrada del piso y mirando el reloj dijeron a la vez: «Vamos que nos vamos». Yo sonreí y salí tras ellos.

Un taxista bigotudo nos estaba esperando en la calle con su coche blanco. Papá y el taxista llenaron el maletero de maletas, mientras mamá y yo subíamos al taxi.

¡Qué emoción! Por primera vez iba a viajar en avión y nada menos que a Nueva York, que según me había contado mamá es una ciudad donde los edificios

se tienen que mirar con prismáticos de altos que son.

Durante el trayecto al aeropuerto papá estuvo discutiendo con el taxista sobre si el gol que había metido Raúl había sido fuera de juego o no. Mientras, mamá intentaba entender en la radio a gente que no paraba de gritar y se puso a discutir con ellas aunque no las podía ver. Yo, como no entiendo que alguien meta un gol cuando no está en el juego y que alguien se enfade y hable con otros que están dentro de un aparato diciendo las cosas que pasan en el mundo, me entretuve imaginándome esos edificios tan altos que tienen los americanos, porque Nueva York me ha dicho mamá que está en América al otro lado de un gran charco que se llama océano. ¿Me cansaría subiendo todas las escaleras hasta el último piso? Estaba pensando eso cuando llegamos al aeropuerto.

De nuevo las prisas.

—Corre Raquel —me decía mamá tirándome de la mano—, que perdemos el avión.

Fuimos a un mostrador donde una señorita le dijo a papá que pusiera las maletas en una cinta y de repente esa cinta empezó a moverse y se llevó todas nuestras cosas. Miré con la boca abierta a mamá y a papá que parecían no darse cuenta que nuestras maletas habían desaparecido por ese camino mágico. Cogiéndome cada uno de una mano me alzaron hasta otro mostrador donde mis papás le enseñaron a un policía un libro con sus fotos y al pasar por una puerta sin puerta empezó a so-

nar algo. Entonces el policía les dijo a mis papás que sacaran todo lo que llevaban en los bolsillos. Metieron las llaves y el dinero en una caja oscura y todo desapareció como lo habían hecho las maletas. Yo empecé a tener miedo. A lo mejor en otro mostrador me metían a mí y también yo desaparecería. Pero, de repente, la caja sacó su larga lengua y nos devolvió todo. Bueno todo no, las maletas no estaban. Le pregunté a mamá por ellas y me dijo tranquila que las recogeríamos en el aeropuerto de Nueva York. Así que me fié de ella.

Una voz empezó a llamar a papá y a mamá y de nuevo ellos me cogieron por los brazos y gritaron: «Vamos que nos vamos». Casi en volandas despegué hacia un pasadizo en el que nos estaba esperando una señorita que se llamaba azafata y con una sonrisa nos dijo: «Vamos que nos vamos». Volví la mirada sorprendida. También ella decía las palabras mágicas de mis papás.

Me senté al lado de una ventanilla redonda desde la que se veía el ala del avión. El piloto de la nave se llamaba capitán Halcón, así que debía saber volar muy bien. Yo me alegré porque era mejor volar con él que con el capitán Garfio o el capitán Trueno.

La azafata nos dijo que nos abrocháramos los cinturones porque estábamos apunto de despegar.

El avión empezó a rugir como si llevara en sus motores muchos leones juntos, corrió por la pista y casi de un salto se elevó hacia el cielo. ¡Era guay! El



ANTONIA SANTOLAYA.

avión volaba sin mover las alas, y luego dice papá que la magia no existe.

El suelo parecía un mar de algodón muy suave y mullido por el que daba ganas de blincar. Seguro que era más divertido que cuando salto con mis primos en las camas de la casa de la abuela Dori.

A veces las nubes se abrían y dejaban ver la tierra. Los campos eran como alfombras de muchos colores, las carreteras culebras largas con coches que parecían canicas deslizándose por ellas. Todo era diferente desde esa altura. No había pájaros, sólo otros avio-

nes volaban tan alto, y yo les saludaba desde mi ventana por si alguno de los pasajeros me estaba mirando con sus prismáticos.

¡Anda los prismáticos! Me los dejé en la mesilla. ¿Cómo iba a poder ver los edificios de Nueva York?

Se lo conté a mamá. Ella se echó a reír y me dijo que no me preocupara.

¿Cómo no me iba a preocupar?

Tendría que ingeniármelas para verlos. Hice con mis manos unos prismáticos, y aunque se veía bien con ellos no era lo mismo. Lo intenté con unos periódicos dándoles forma de tubo, y aunque se veía más lejos tampoco se veía tanto como mis prismáticos de aventurera.

La azafata nos trajo en unas bandejas la comida y unas chocolatinas para mí, pero tampoco me hicieron olvidarme de mis prismáticos. ¡Qué mala suerte!

Mamá me tocó en el brazo y me dijo que despertara que estábamos llegando a Nueva York. ¡Vaya me había dormido!

—¿Me he perdido algo?, —le pregunté.

—No cariño.

De repente, un ruido fuerte me sobresaltó. Eran las ruedas del avión que chocaban con la pista de aterrizaje. Las alas se doblaron hacia arriba y fueron frenando el avión hasta que se paró. Todos los pasajeros aplaudimos y algunos hasta gritaron ¡bravo!

Entonces me acordé de las maletas. Mamá había dicho que aparecerían aquí. Cogí a papá y a mamá de la mano y esta vez tiré yo de ellos. «Corred, y si aparecen las maletas y no estamos nosotros.»

Tuvimos que pasar por un mostrador como en Madrid, pero aquí mamá y papá le hablaron raro: güi ar on jolideys, y otras *cuchufletas* así.

Por fin llegamos hasta otra gran lengua que iba devolviendo maletas y sí, por arte de magia, ahí estaban las nuestras. ¡Qué susto me quitó de encima!

En la puerta del aeropuerto cogimos un taxi, que aquí son amarillos. Mamá le dijo algo raro que no entendí y el coche empezó a moverse.

Yo no dejaba de mirar por las ventanas. Los coches parecían longanizas de largos que eran y tenían ventanillas tan oscuras que no se podía ver quienes iban dentro. Pasamos por un puente muy largo que estaba sostenido por unos cable rojos muy altos y fuimos por una avenida que no se acababa nunca. Los edificios subían y subían tan altos que me hubiera gustado romper el techo del coche para poder seguirlos con la mirada.

Llegamos al hotel y al bajar del taxi y pisar la calle me pareció haber entrado en un mundo de fantasía en donde vi-

vían personas de todos los colores, vestían los trajes más disparatados y unos zapatos tan raros que yo nunca hubiera imaginado. Había tanta gente en la calle que necesitaban andar como en fila india y al mirarles desde abajo parecía que era toda esa multitud la que llevaba de sombrero, sobre sus cabezas, los largos edificios que yo no alcanzaba ni a ver. El cuello me empezaba a hacer daño de tanto mirar hacia arriba, pero era tan bonito que no me importaba.

—¿Mamá podemos subir a ese edificio que es tan alto?

—Tranquila, iremos mañana, cuando hayas descansado.

Durante los días que estuvimos en Nueva York, fuimos a una torre que era gemela a otra. Tenía 121 pisos, pero no tuvimos que subirlos por las escaleras como yo pensaba, tenía un ascensor que era como un cohete y que en 54 segundos (me acuerdo del número porque los estuve contando y lo apunté en un papel) nos subió casi hasta las nubes. Como era de noche vimos las estrellas por debajo de nosotros, millones de estrellas que no paraban de lucir. Mamá y papá dicen que eran las luces de la ciudad pero yo sigo pensando que eran estrellas porque estábamos casi en el cielo y brillaban como las estrellas. Pero, a pesar de lo alto que estábamos, no pude ver las cuerdas desde las que se sostienen para no caer a la tierra.

También fuimos a una isla donde una señora muy grande te saluda con el brazo levantado, en el que sostiene una llama. Papá me dijo que se llama Libertad. Aunque a mí me pareció que estaba muy quieta para llamarse así. Yo la libertad me la imagino siempre en movimiento. Pero también en mi clase una niña se llama Sol y no quema ni alumbra.

En Nueva York está también la casa de los dinosaurios, que es un museo muy grande donde los tienen guardados. Bueno, tienen sus esqueletos, que son como grúas gigantes. Durante la visita a este museo mamá me dijo que los dinosaurios ya no existen, pero yo creo que esta vez se equivoca. Yo los he visto en los libros y en las películas. Además, si están sus huesos quiere decir que ellos también tienen que andar por ahí. Lo que pasa es que como hay tanta gente en esta ciudad seguro que se han escondido para que no se los coman.

Otro día fuimos a un parque que parece un bosque y que tiene un lago muy grande donde navegan barcos. La gente corre, canta, baila, patina, y muchas cosas más. Es como un circo, pero al aire libre. En un puesto papá me compró una salchicha que aquí, según me contó mamá, se llama *perrito caliente*. ¿A que es gracioso?

También visitamos otro edificio al que una vez un gorila gigante, King Kong, se subió llevándose a una chica atrapada en la mano porque le gustaba. Tuvieron que mandar aviones a por él para que la liberara. Mamá me ha dicho que un día me dejará ver toda la historia de este gorila en una película.

Nueva York es tan grande que tiene hasta una ciudad china dentro de ella en la que puedes comer arroz chino y comprar trajes de princesas chinas, peces vivos y frutas de muchos colores en la calle. Desde esta China fuimos andando hasta una Italia pequeña donde puedes comer espaguetis y macarrones en la calle.

Cuando estás cansada en Nueva York, los edificios parecen monstruos que se alzan sobre tus cabezas y están a punto de caer sobre ti. Pero eso sólo cuando estás cansada. Si no, es una ciudad muy grande y muy bonita en la que puedes subir al cielo y mi papá dice que también bajar al infierno si viajas en metro. Cree que está más viejo y sucio que el de Madrid. Pero a mí, aunque está oscuro, me parece que es divertido porque hay mucha gente diferente con caras de duendes, de hadas, de osos, de ogros, de payasos, de leones y hasta de sapos. En Nueva York vi por las calles personajes de cuentos que he leído y de otros que me han contado.

Nuestras vacaciones se acababan y llegó el día de la vuelta a casa. Otra vez las prisas. Mamá y papá volvieron a decir su frase de los viajes: «Vamos que nos vamos».

Fueron tantas las cosas que descubrí en esta ciudad mágica que el viaje de vuelta lo hice soñando. No me importó dormirme porque era de noche y no se veía nada por la ventanilla del avión.

Cuando me desperté, estaba en los brazos de papá y mamá me miró con una sonrisa y me dijo: «Despierta cariño que llegamos».

Ahora espero el día que vuelva a decir: «Vamos que nos vamos».